

consagradas al renovador de la lírica española. Habla después de Antonio Machado («para mí el más grande de todos los poetas españoles») y Juan Ramón Jiménez y... la poesía española termina. Digamos que ambos retratos están hechos con gran cordialidad y comprensión (sobre todo el de Machado), pero que son incompletos, parciales, truncos. No vale hablar de las notas al pie de página en que despacha a Manuel Machado, Villaespesa, Marquina, Díez Canedo y Gabriel y Galán. ¡Qué conjunto abigarrado!

Por lo que tiene de inteligente y sentido (también, digámoslo, de arbitrario) el retrato de Unamuno (en quien, grave error de valoración crítica, no considera la calidad altísima de poeta) hay que lamentar la precipitación cinematográfica con que pasa por la figura cimera de Ortega y Gasset.

Con todos los defectos anotados, y muchos otros más que alargarían desmesuradamente esta nota, el libro de Jean Cassou es el mejor intento de sistematización de la literatura española de nuestros días.

Es un buen borrador del buen libro que Cassou debe escribir sobre el magno tema que apenas deja ahora esbozado.

LA REVOLUCION MEJICANA, por LUIS ARAQUISTAIN.  
—*Biblioteca del Hombre Moderno*, Madrid, 1929.

Conocida y admirada para nosotros la personalidad de Luis Araquistain desde la bella jornada de *España*, heredera del pensamiento político de Ortega y Gasset, proseguida en las páginas densas de *El Peligro Yanqui* y en ese libro trágico, especie de admonición y de advertencia en que habla con dramática pasión la voz de la raza, titulado *La Agonía Antillana*.

Habíamos seguido también a Araquistain en sus exploraciones por los campos del drama y la novela. Siempre nos pareció un escritor digno, fuerte, independiente. Gran personalidad literaria. Alta estatura moral. Estilo de hombre en el escritor; dignidad intelectual, en el hombre.

Ningún espectador más indicado para darnos una visión de la revolución mejicana, la tragedia de la América Española. Tragedia saludable si ha de salir de ella estremecida y purificada por el dolor, una nueva forma política, social o económica.

Recuerdo la santa indignación con que en nuestros años mozos recibimos el libro de Blasco Ibáñez sobre *El militarismo mejicano* y cómo el tiempo, destructor de ilusiones, ha ido, im-

placable y despiadadamente, dando la razón al gran escritor valenciano.

Creo que el libro de Araquistain es el análisis más claro, más penetrante, más inteligente de la revolución mejicana pero, por desgracia, no lo creo ni el más sereno, ni el más honrado, ni el más sincero.

Aquí Obregón es Napoleón, César y Alejandro, gran general, gran estadista, gran agricultor. Calles es Cincinato, hombre de acción y de doctrina, férreo en sus convicciones, incorruptible en su intimidad y en su política; Portes Gil, un apóstol agrario y un redentor del indio analfabeto. Todos los hombres que tienen concomitancias con el actual gobierno mejicano son inmaculados, heroicos, iluminados. (Ejemplo del método crítico de Araquistain: «De la Huerta es la duplicidad. Calles es la rectitud»).

Los otros («quien no está con nosotros, está contra nosotros») caen todos bajo la excomunión común: Porfirio Díaz es «el último Faraón mejicano»; Francisco Madero, «el apóstol de ojos ausentes»; Adolfo de la Huerta, «el trágico maquiavélico»; Vasconcelos, un intelectual versátil que aparece en una incomprensible colaboración con el bandido Pancho Villa. (Subbrayemos que, casi literalmente, ésta es la opinión que Villa sustentaba sobre Vasconcelos) (\*).

Digámoslo de una vez por todas, ya que en una simple nota de redacción no podemos dar mayor extensión a nuestras opiniones: el libro de Araquistain sobre la revolución mejicana nos produce una impresión de desaliento.

No es el libro de un escritor independiente. No es un libro del autor de *El Peligro Yanqui* y *La Agonía Antillana*. Es la exposición de los puntos de vista de un gobierno, encomendada a la pluma de un gran escritor.—M.

(\*) Véase la página 118 del número 6, año V, de *Atenea*.